



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

julio/agosto 2021

Índice n° 4/2021

2	José	<i>J. Muller</i>
6	El sacerdocio de Cristo	<i>J.W. Smith</i>
9	Andar con Dios	<i>Botschafter</i>
12	La unidad: ¿Qué es? y ¿la estoy confesando?	<i>C.H. Mackintosh</i>
16	La acción del Espíritu Santo en la Iglesia	

La revista CRECED tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

José

(Viene de la página 7 del n° 3.2021)

3) José encuentra a su familia

Quedaba por resolver la importante cuestión de la restauración de los diez hermanos de José culpables de haberlo vendido (Génesis 42-45). Solo se puede realizar a través de un retorno a él. Del mismo modo, por la acción del espíritu de gracia y de oración, el remanente de la nación judía mirará más tarde a Cristo, “a quien traspasaron” (Zacarías 12:10), para reconocer entonces: “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6). Nada es más conmovedor que la obra de la gracia de Dios para lograr la restauración de los diez hermanos de José —figura de Israel— por el servicio de amor de José —figura de Cristo— y del mayordomo de su casa —figura del Espíritu Santo— (Génesis 43:16, 19; 44:1, 4). Sus conciencias endurecidas tienen que ser despertadas para comprender el crimen, antes de que la relación con su hermano pueda ser restablecida. Esta es la razón de la aparente dureza de José hacia ellos, que velaba su amor por ellos (42:7, 30). La hambruna extrema en Egipto y Canaán fue el medio que Dios utilizó para hacer su trabajo. Por lo tanto,

Dios a menudo nos habla a través de las pruebas de la vida (véase Job 36:7-10; Oseas 5:15). ¡El hombre solo puede conocer a Dios a través de sus necesidades!

Enviados por su padre Jacob, los hermanos de José fueron dos veces a Egipto a comprar trigo (Hechos 7:12-13). La primera vez, José los reconoce, pero ellos no (Génesis 42:7-8). Se inclinan ante él, cumpliendo así sin saberlo el sueño de su hermano menor, 22 años atrás (37:7, 9; 42:6). En los consejos de Dios, el tiempo no cuenta. Cuando se van con sus sacos de trigo, José los acusa de ser espías, a pesar de su afirmación de ser “hombres honrados” (42:11). Simeón queda preso y, para aumentar su angustia, José devuelve el dinero de cada uno en su saco, y les impone la condición formal de traer a Benjamín con ellos en su próximo viaje. Sus palabras ya muestran el despertar de la conciencia de sus hermanos: “Verdaderamente hemos pecado contra nuestro hermano, pues vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba, y no le escuchamos... He aquí también se nos demanda su sangre... ¿Qué es esto que nos ha hecho Dios?” (42:21-22, 28).

En su segundo viaje, los hermanos de José se inclinan nuevamente ante él (43:26, 28) antes de comer pan con él. Por la mañana, son enviados de regreso con su dinero en sus costales llenos de víveres. Sin

que lo sepan, José ha colocado su propia copa de plata en el costal de Benjamín, su hermano menor. Cuando se revela el hecho, el desenlace está cerca. Judá presenta una emotiva súplica a José, a quien aún no ha reconocido (44:16-34). Ya no tratan de justificarse y, por segunda vez, los hermanos de José reconocen que las circunstancias son ordenadas por Dios: “¿Qué diremos a mi señor? ...Dios ha hallado la maldad de tus siervos” (44:16).

Así, cuando el hombre es convencido de pecado y su boca se cierra, Dios revela su justicia y el perdón gratuito por gracia (Romanos 3:19, 24).

Desde un punto de vista profético, Judá aquí representa el remanente judío pasando por las últimas pruebas de la tribulación antes de reconocer a su Mesías rechazado, mientras que Benjamín es una figura de Cristo acusado de la culpa de su pueblo. Recordemos que Benjamín, todavía un niño con su padre Jacob, no había estado involucrado en el complot contra José para venderlo en Egipto. Estaba como guardado para aparecer en el momento adecuado de la liberación. ¿No fue Cristo, el Cordero de Dios, “ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros” (1 Pedro 1:20)?

Ha llegado el momento en que José se da a conocer a sus hermanos:

“Yo soy José...Yo soy José vuestro hermano, el que vendisteis” (Génesis 45:3-4). Él reconoce la mano de Dios a lo largo de su maravillosa historia: en su descenso a Egipto, en la gran liberación de su familia por sus medios y en su poder en el trono (v. 5, 7, 9). El primer mensaje que José confía a sus hermanos para su padre Jacob es que le hagan **saber toda su gloria** (v. 13). ¿No es el gran privilegio de aquellos a quienes Cristo reveló el nombre del Padre (Salmo 22:22; Juan 20:17) hablar de las glorias infinitas de su Hijo?

Luego, José manda a sus hermanos que traigan a su padre para que prueben juntos “lo **bueno** de la tierra”, sin lamentar sus enseres que quedarían en Canaán (Génesis 45:18, 20). Así es como se invita al cristiano a dejar atrás las cosas del mundo para disfrutar de las bendiciones celestiales en Cristo, esta “**mejor** y perdurable herencia en los cielos” relacionada con “una **mejor**, esto es, celestial” (1 Timoteo 6:17; Hebreos 10:34; 11:16). ¡La recomendación de José a sus hermanos de no reñir por el camino (Génesis 45:24) recuerda a los cristianos que el disfrute de sus privilegios espirituales no los exime de vigilar cuidadosamente su conducta!

Cuando José se entera de la llegada de Jacob a Egipto, rápidamente prepara su carro para encontrarse con su padre (Génesis 46:29). En el tiempo venidero, se le dirá al Mesías,

al divino José: “En tu gloria sé prosperado; cabalga sobre palabra de verdad, de humildad y de justicia” (Salmo 45:4). La comunión del padre y su amado hijo en la plena satisfacción de sus corazones cuando se reencuentran después de 22 años de separación es de gran belleza.

Bajo el cetro de justicia de José en Egipto, su familia atraviesa los últimos cinco años de hambre, y luego disfruta de una prosperidad inigualable en la tierra de Gosén (Génesis 45:11; 47:11-12, 27). En ese momento, el pueblo de Dios recibe la bendición en una tierra extranjera, Ramesés en Egipto, y no en la tierra prometida. Es lo mismo con los creyentes judíos de la actualidad: tienen su parte en la Iglesia, vista como figura en Asenat, antes de que Dios reanude sus relaciones con Israel en la tierra. Todas las bendiciones presentes y futuras, ya sean celestiales o terrenales, descansan en Cristo **el Pastor, la Roca de Israel**, de acuerdo con la notable profecía de Jacob sobre José (Génesis 49:22-26). ¡La rama viva de José es fructífera y se extiende sobre el muro de Israel para llegar hasta los collados eternos! Pero José sigue siendo “el que fue apartado de entre sus hermanos” (o: que es príncipe, según Deuteronomio 33:16).

Los derechos de primogenitura en la familia de Jacob han pasado de Rubén a José (1 Crónicas 5:1).

Este último, como heredero, recibe dos partes de la herencia. Así es como “la dispensación del cumplimiento de los tiempos” traerá a Cristo el nuevo mundo, como su “posesión adquirida” por la redención (Efesios 1:10, 14). Todo será finalmente para alabanza de su gracia y de su gloria.

4) José en Egipto hasta su muerte

Jacob pasó los últimos años de su vida con José en Egipto. Sintiendo su inminente fin, Jacob “bendijo a cada uno de los hijos de José, y adoró apoyado sobre el extremo de su bordón” (Hebreos 11:21). El derecho de herencia de José (como primogénito, tenía dos partes) debía ser transferido a sus dos hijos, un privilegio que se conservará hasta el milenio (Ezequiel 47:13). Por lo tanto, Jacob adopta a Efraín y a Manasés como sus propios hijos, antes de pronunciar sobre ellos una bendición especial (Génesis 48:8-22). Consciente del pensamiento de Dios, Jacob actúa como profeta e invierte al bendecirlos, el orden de su nacimiento: el más joven, Efraín, debía tener preeminencia sobre Manasés. En vano, José quiere corregir a su padre; con gentileza y firmeza, Jacob se mantiene firme: “Lo sé, hijo mío, lo sé...” (v. 19). ¿No es notable que al final de una vida agitada, Israel (y no Jacob aquí) manifieste más inteligencia espiritual que su hijo

José, del cual la Palabra no relata ninguna falta?

Jacob muere “conforme a la fe” (Hebreos 11:13), y José lo llora por 40 días. A su vez, los egipcios lo lloran durante 70 días, luego acompañan a José y a sus hermanos a Canaán para sepultar a Jacob con sus padres, de acuerdo con su solicitud (Génesis 49:29). La era de Atad (Abel-mizraim) guarda el recuerdo de las grandes y profundas lamentaciones pronunciadas sobre este pobre pastor, objeto de abominación para los egipcios (Génesis 46:34), pero honrado como príncipe en su muerte (50:1-13). Jesús, despreciado por el pueblo, fue con los ricos en su muerte (Isaías 53:9).

De vuelta en Egipto, una prueba final espera a José. Inseguros sobre su actitud hacia ellos, y en duda de su amor, sus hermanos temen que la partida de su padre sea una oportunidad para que José ejerza una venganza (Génesis 50:15-21). Conocían muy poco el corazón de José para prestarle tales sentimientos. Se inclinan por última vez ante su hermano, como señal de sumisión. Finalmente, es José mismo quien consuela a sus hermanos y habla a sus corazones.

El final de la vida de José se resume en pocas palabras. Su gloria en la corte de Faraón ya no está a la vista. La divina providencia lo había colocado allí en el momento apropiado para la salvación de los suyos,

pero ahora termina su vida en la intimidad familiar. Verá a los hijos de sus hijos, hasta la tercera generación. Al final de su vida, su doble acto de fe es predecir el regreso de los hijos de Israel a la tierra prometida y dar mandamiento de que sus huesos sean llevados allí (Génesis 50:24-25; Hebreos 11:22). Moisés y Josué respetaron escrupulosamente esta voluntad (Éxodo 13:19; Josué 24:32) y los restos del patriarca descansan en Siquem, esperando el glorioso día de la resurrección.

El regreso de Israel a su tierra ya había sido anunciado por Dios a Abram (Génesis 15:13-14; Hechos 7:6-7). Jacob y José están completamente asegurados de esto (Génesis 48:21; 50:24). El libro del Génesis, que contiene un tesoro de principios morales, termina con la muerte de José, mientras que la habitación del pueblo de Dios todavía está en Egipto. La liberación de la casa de servidumbre y el maravilloso tema de la redención se desarrollarán en el libro del Éxodo.

5) Las lágrimas de José

La delicadeza y la profundidad de los sentimientos de José se destacan por el hecho de que lloró en siete ocasiones memorables en su vida:

— Cuando ve a sus diez hermanos nuevamente en su primer viaje a Egipto (Génesis 42:24). Le

conmueve ver el primer despertar de sus conciencias ante su crimen.

— Cuando ve a Benjamín nuevamente durante el segundo viaje a Egipto (43:30). No parece haber reconocido a su hermano Benjamín que tenía ahora 34 años, ya que solo tenía 10 años cuando José fue separado de su familia. ¡Su emoción es comprensible!

— Cuando se da a conocer a sus 11 hermanos (45:2). El término de la disciplina para los hermanos de José es también el término para los sufrimientos de José en la aflicción de su alma hacia ellos.

— Cuando besa a Benjamín, y luego a sus otros hermanos (45:14-15). Los lazos de la sangre entre los dos hermanos, ambos hijos de Raquel, la amada esposa de su padre, se expresan de manera conmovedora.

— Cuando ve a su padre Jacob nuevamente (46:29). José sigue siendo el amado de su padre.

— A la muerte de Jacob (50:1). En este capítulo, José es visto particularmente como hombre; toda su conducta y sus sentimientos son los de alguien generoso o noble (Isaías 32:8).

— Frente a los temores injustificados de sus hermanos hacia él (Génesis 50:17). ¿No dudamos a veces del amor del Señor por nosotros, y nos dejamos invadir por temores incrédulos?

Así, durante su vida, José derramó lágrimas, como lo hicieron

muchos hombres de fe en el Antiguo y Nuevo Testamento después de él. Pensamos en David y Jonatán, luego en Jeremías, que llora por el estado del pueblo de Dios y la ruina de Jerusalén (Jeremías 9:1; Lamentaciones 1:16). En su solicitud por las iglesias, el apóstol Pablo derramará muchas lágrimas antes de llorar por la ruina de la Iglesia (2 Corintios 2:4; Filipenses 3:18). Timoteo, su amado hijo en la fe, imitará al apóstol (2 Timoteo 1:4). Todas estas **lágrimas** habrán sido recogidas por Dios (véase Salmo 56:8). Y si derramamos muchas lágrimas hoy, tenemos la esperanza de consolación eterna: “Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría” (Salmo 30:5; Isaías 51:11; 2 Tesalonicenses 2:16; Apocalipsis 21:4).

José, con su conmovedora historia, dirige los ojos de nuestra fe al divino José, “Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios” (1 Corintios 1:24).

J. Muller

El sacerdocio de Cristo

“Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades” (Hebreos 4:15).

La epístola a los Hebreos es el único libro del Nuevo Testamento en el que Cristo es llamado expresamente “sacerdote”, “sumo sacerdote de nuestra confesión”. Pero se presenta en otro lugar en su servicio de intercesión, asociado a este oficio. “Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también **intercede** por nosotros” (Romanos 8:34).

La intercesión es su actividad actual en el cielo, como resultado de su muerte y resurrección. Estas, realizadas para la gloria de Dios, y la paz con Dios adquirida para todos los que creen, son la base de su intercesión, o su sacerdocio. Los creyentes están en una posición de justificación actual ante Dios, y en una relación de hijos.

La intercesión de Cristo no añade absolutamente nada a nuestra seguridad como creyentes, porque ella ya está asegurada. Esta intercesión tampoco inclina el corazón de Dios hacia nosotros, como si necesitaráramos una reconciliación. “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Romanos 5:10). La muerte del Hijo de Dios, enviado por el Padre en su infinito amor, efectuó nuestra completa reconciliación; la vida de este Hijo, en su actual gloria y poder, protege nuestra salvación de todo perjuicio.

Comenzamos nuestro caminar cristiano siendo reconciliados y en seguridad para la eternidad. Esto es el resultado de lo que se hizo por nosotros a través de la muerte y resurrección de nuestro Señor. Debemos continuar esta carrera, conscientes de nuestra debilidad y dependencia. Necesitamos un brazo en el que apoyarnos, y un corazón bondadoso y fiel en el que podamos confiarnos día tras día.

Esto es lo que tenemos plenamente en nuestro gran sumo sacerdote. Por un lado, su intercesión por nosotros ante Dios no cesa, y por otro lado, su socorro y simpatía están continuamente activos a favor de los suyos en la tierra, mientras están sujetos a la fatiga y las tentaciones.

Si el Espíritu que mora **en nosotros** intercede con gemidos indecibles para ayudarnos en nuestra debilidad, nuestro Señor también, en su fidelidad, intercede **por nosotros** a la diestra de Dios (Romanos 8:9, 26, 34).

Poco valoramos el precio de estas intercesiones. Pedro apenas podía apreciar que su Maestro hubiese orado por él, para que su fe no fallara cuando llegara la tentación, ni tampoco cómo fue sostenido por esta intercesión cuando, después de su caída, lloró amargamente. Sin embargo, por esto su fe se mantuvo viva, aunque, para que aprendiera sobre su falta de dependencia, fue permitida su caída.

“Si alguno hubiere pecado”, leemos en 1 Juan 2:1, “abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”. El servicio de este abogado es con el “Padre”, porque se supone que existe una relación filial. La confesión es hecha al Padre por el hijo que ha fallado, para que su falta sea perdonada. Y es “limpiado de toda maldad” (1:9). La intercesión es para nuestro sostén, el servicio del abogado es para nuestra restauración cuando hemos fallado, para que la comunión con Dios sea plena y no se vea empañada.

El servicio de abogado difiere del de intercesor que, en sentido estricto, no se ocupa de los pecados o deficiencias, sino de las debilidades y necesidades.

Por eso se nos dice: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16). Para el cansado peregrino, sujeto a tantas necesidades, no podría haber una expresión más hermosa que “el trono de la gracia”. Evoca la omnipotencia de la compasión, la compasión todopoderosa.

Esto resulta de lo que encontramos en los dos primeros capítulos de la epístola. En el capítulo 1, habiendo hecho la purificación, Cristo “se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (v. 3), y en el capítulo 2, se presenta como “misericordioso y fiel sumo sacerdote”

(v. 17). Por eso podemos hablar de una misericordia llena de majestad o de la gracia en el trono. Todo esto es para aquellos que sienten su propia incapacidad en cada paso de su camino.

¿No es esta compasión viviente la que se anuncia en los capítulos 13 a 17 de Juan? En el capítulo 13 tenemos los pies lavados, en el capítulo 14 “otro Consolador” (v. 16), en el capítulo 15 la relación de siervos sustituida por la de amigos (v. 15), en el capítulo 16 “confiad” (v. 33) ante un mundo hostil, y en el capítulo 17 la más maravillosa intercesión. Ciertamente podemos encontrar todo esto en el sacerdocio actual de nuestro Señor. La “obediencia” que aprendió mientras estuvo aquí en la tierra, su “gran clamor y lágrimas”, su muerte misma, todas las cosas que sufrió, todo esto lo hizo apto para este cargo (Hebreos 5:7-10). Sólo el que ha sufrido por sí mismo puede simpatizar verdaderamente con los demás. En Isaías 53, Cristo es presentado como un “varón de dolores” antes de la revelación de que pondrá su vida “en expiación por el pecado” (v. 3, 10). Su vida perfecta como hombre precedió a su muerte expiatoria en la cruz. Ahora está exaltado hasta lo sumo (Filipenses 2:9). “Tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos” (Hebreos 8:1).

Andar con Dios

Tampoco se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote (5:5). No lo hizo, pero su título para este cargo se encuentra en la dignidad única de su persona. El que le dijo: “Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy”, también le dijo: “Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” (v. 5-6). Su título se basa en su gloria personal como Hijo de Dios; sus calificaciones se basan en la dura prueba de su vida perfecta. Tuvo una vida de dolor entre aquellos que habían experimentado la amargura de las consecuencias del pecado en sus innumerables formas. Estaba lejos del pecado, pero experimentó de cerca las lágrimas, el hambre, la sed y la fatiga. Entró en la muerte misma para llegar al fin de su camino de perfecta obediencia, y al mismo tiempo para expiar el pecado y vencer todo el poder de Satanás. Ahora puede ejercer, en el lugar glorioso que ocupa, las funciones de misericordioso y fiel sumo sacerdote (2:17). Está “viviendo siempre para interceder por ellos” y así “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios” (7:25). ¡A él sean la gratitud y la gloria!

J. W. Smith

Aunque la biografía de Enoc en Génesis 5 ocupe sólo unas pocas palabras, el Espíritu Santo hace resaltar dos veces: “Caminó Enoc con Dios” (v. 22-24) ¡Qué hermoso testimonio! No se habla de hechos grandiosos que hubiera hecho este hombre de fe, sino de una comunión continua con su Dios, y esto durante centenares de años ¡Que nuestro breve tiempo en la tierra también pueda resumirse con las palabras: ¡Él o ella caminó con Dios!

¿Puede un hombre en su estado natural andar con Dios? ¡Es imposible! Mientras no sea reconciliado con Dios, vive en oposición a Él. Amós 3:3 dice: “¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?”. ¿Cómo podría un hombre andar con Dios sin previamente haberse puesto en regla con Él? El pecado lo separa de Dios y le hace imposible andar con Él. Ante todo, hay que quitar esta barrera del camino; y se logra si se arrepiente y recibe por fe al Señor Jesús como Salvador.

Entonces, sus pecados son borrados por el perdón divino; es purificado y recibe la vida eterna. Ya no hay nada que lo separe de Dios. Aquel que antes era un pecador, un enemigo de Dios, es ahora reconciliado con Él por la sangre de Jesucristo. Por el Espíritu Santo que ha recibido, se ha convertido en un

miembro del cuerpo en el cual Cristo es la cabeza. La declaración: “El que se une al Señor, un espíritu es con él” (1 Corintios 6:17) se aplica entonces a él también. Ahora puede caminar con Dios. Llevado al Padre por el Hijo y teniendo la vida eterna, puede tener comunión con el Padre y con el Hijo. Puede gozarse sabiendo que: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17). Puede tener comunión con el Dios vivo, con el Dios santo, pero debe estar atento porque “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él” (1 Juan 1:5).

¿Cómo realizar verdaderamente un andar con Dios? Consideremos algunos detalles prácticos al respecto.

1) Discernir el camino de Dios

No tenemos que escoger nosotros mismos nuestro camino y luego orar: ¡Señor, ven conmigo! Hemos de buscar cuidadosamente el conocer la voluntad de Dios, diciendo como David: “Mi alma sigue ardorosa en pos de tí” (Salmo 63:8; V.M.). En otras palabras: Deseo sinceramente y de todo mi corazón seguir de cerca tus pisadas.

El Señor Jesús dijo a Pedro: “Sígueme **tú**” (Juan 21:22). El Hombre perfecto siguió un camino en esta tierra y nos invita a seguir sus pisadas. Debemos permanecer en este

camino para andar con Dios. Desafortunadamente, hay en nosotros una fuerte tendencia a abandonar este estrecho camino o intentar ampliarlo un poco. Por eso el apóstol Pablo nos exhorta a ser vigilantes: “Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor” (Efesios 5:15-17). Si seguimos esta exhortación, nuestro camino será un camino de paz; y la senda estrecha tendrá siempre más valor para nosotros, porque allí encontramos a Jesús y podemos andar con Dios.

2) Tener cuidado al tiempo señalado por Dios

Cuando andamos con un amigo, debemos guardar el mismo paso; no hay que arrastrarse mirando atrás, ni precipitarse hacia adelante. Así pues, debemos andar cuando el Señor nos envía, esperar tranquilamente mientras no hemos comprendido que nos hace señas de avanzar, no andar a tientas en la incertidumbre sino pedirle que nos dé plena luz para nuestro andar.

3) Perseverar, aun cuando hay pruebas en el camino

Nuestros corazones pronto retroceden ante los sufrimientos y

nuestros pies no se comprometen fácilmente en el camino del dolor. Pero no nos desalentemos, los tiempos de prueba son necesarios. En aquellos momentos, sentiremos la necesidad de permanecer muy cerca de Dios, y de andar junto con Él, de la mano. Un niño que va de noche al lado de su padre le toma firmemente la mano con confianza. Tengamos la misma actitud cuando la noche del sufrimiento nos rodea. Nuestro Padre disipará nuestros temores y consolará nuestros corazones.

4) Guardarnos de todo lo que nos separa de Dios

Tendría que ser evidente, pero siempre necesitamos esta exhortación. Dos personas pueden andar juntas cuando nada les separa. Si manchamos nuestro corazón y nuestra consciencia con algún pecado, perdemos la comunión con Dios. Es como si el amigo de nuestra alma se retira. Para perturbar esta comunión, no hace falta que el pecado sea públicamente visible u audible. Incluso un pensamiento malo o impuro, una manifestación interior de la vieja naturaleza en cualquiera de sus formas, compromete el disfrute de esta suave y santa relación.

En este mundo, ¡cuántas cosas alejan nuestro corazón del Señor, contristan el Espíritu en nosotros y obstaculizan su acción!

Observemos cuidadosamente Efesios 5:10 “Comprobando lo que es agradable al Señor”, y Filipenses 4:8 “Por los demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad”. Cuando es así, podemos andar con Dios. La **paz de Dios** llenará nuestro corazón y el **Dios de paz** estará con nosotros.

5) Mantener una relación de corazón con Dios

Tal relación caracteriza normalmente el andar común de dos personas. Hay momentos en los cuales permanecemos en silencio junto a nuestro compañero. Pero, por muy justo que sea, tal silencio debe ser interrumpido de vez en cuando por un intercambio de pensamientos que muestra el afecto y la comprensión mutuos. Tenemos los recursos de la Palabra y la oración. Si miramos hacia Dios, si le abrimos nuestros corazones en la adoración o en oración, Él pondrá en nuestros pensamientos una u otra de sus preciosas palabras —un aliento, una exhortación, una advertencia, etc.— según nuestra necesidad. Y dirigirá nuestras miradas hacia el Señor Jesús. Pongamos los ojos en Aquel que anduvo aquí en la tierra en perfecta dependencia de su Dios, y que oró sin cesar sobre

Aquel que Dios llama su “compañero” (Hebreos 12:2; Zacarías 13:7).

6) Perseverar en la fe hasta el final

La epístola a los Hebreos llama nuestra atención varias veces sobre este punto. Y en 2 Corintios 5:7, leemos: “Por fe andamos, no por vista”. A lo largo de este andar, nuestra fe será continuamente probada y purificada, pero cada vez más fortalecida, hasta el día en el cual será coronada.

¿Por qué existen tantas cosas en nuestra vida que no llevan el carácter divino? Es porque no realizamos suficientemente un andar apacible y permanente con Dios, una relación secreta pero constante con Él. Antes de su traslado, Enoc tuvo testimonio de haber agradado a Dios. Es lo que tendríamos que buscar.

“Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios” (Génesis 5:24), o como lo expresa el autor de la epístola a los Hebreos: “no fue hallado, porque lo traspuso Dios” (Hebreos 11:5). Andemos así en fidelidad para con Dios, hasta que lleguemos a la meta que está muy cerca. El Señor viene pronto para introducirnos en la casa del Padre.

Botschafter

La unidad: ¿Qué es? y ¿la estoy confesando?

Levítico 24:1-9 y Efesios 4:4

Introducción (Levítico 24:1-9)

Este pasaje ilustra, sobre la base de la historia de Israel y de la unidad de la nación de Israel, la más profunda verdad acerca de la unidad de “un solo cuerpo” (1 Corintios 12:12). Es mi propósito presentar el hecho de la unidad del Israel de Dios, su pueblo terrenal, a modo de ilustración como ejemplo de la unidad de la Iglesia de Dios.

En este pasaje tenemos una de las figuras más expresivas y bellas, que de cierto puede centrar la atención del aspecto espiritual; tenemos en esas doce tortas puestas sobre la mesa de oro delante de Dios, la representación de la unidad indisoluble y, a la vez, la distinción que caracterizan las doce tribus de Israel. Así que, se presenta una gran verdad: la perfecta distinción y, no obstante, la indisoluble unidad de las doce tribus de Israel, también notando que hay una frecuente ocurrencia en este capítulo de las palabras “continuamente”, “perpetuo”, “siempre”. Una y otra vez estas palabras se encuentran en este pasaje. Pero ¿qué quieren decir? Ellas expresan que la unidad del pueblo de Dios, Israel, no era una

cosa de hoy ni de mañana; esta era una gran verdad, una verdad eterna de Dios prefigurada en aquellas doce tortas sobre la mesa de oro, puestas delante de Dios...

¡Qué ejemplo, qué figura! En esas doce tortas sobre la mesa de oro, tenemos la verdad eterna acerca de la condición del pueblo a los ojos de Dios: vista desde el punto de Dios la nación era **una**, cualquiera que fuera su condición, y como la considere el hombre. Lo repito, desde la perspectiva divina, vista al fulgor de esas siete lámparas de oro que, en otras palabras, eran la expresión de la luz y del testimonio del Espíritu Santo, basados en y vinculados a la obra perfecta de Cristo, Israel es **uno**, la nación es una. Hay doce tribus mantenidas en la unidad, aunque en los tratos gubernamentales de Dios, y desde la perspectiva del hombre, la nación puede estar sufriendo el castigo de su pecado. En una palabra, sin importar qué tanto la nación de Israel esté esparcida, quebrantada y pisoteada según la mirada del hombre, es una sola e indivisible a la vista de Dios —en los consejos eternos de Dios— y para los ojos de la fe. Negar esto es cuestionar la integridad de la verdad de Dios. Si tomamos una actitud ligera y relajada frente a las Escrituras en un punto, quedamos expuestos a hacerlo en todos.

A continuación, presentamos algunas ilustraciones de cómo la fe

se apropió de esta gran verdad y actuó en consecuencia.

Elías tisbita (1 Reyes 18)

Esta escena de la historia de Elías tisbita tiene lugar en el monte Carmelo. Es un ejemplo del poder de la fe en esa gran verdad de la unidad de las doce tribus de Israel.

Elías edificó su altar con doce piedras. ¿Por qué edificó un altar con doce piedras? ¿Cuál era su autoridad para esto? Estaba de pie frente a ochocientos profetas falsos, se encontraba frente a todo el poder de Jezabel, y ante la ruina y la apostasía. Las diez tribus se habían separado de las otras dos. Desde la perspectiva del hombre existía una fractura en la nación, pero desde el monte Carmelo Elías mira a esa nación como **Dios** la ve, y con los ojos de la fe. Elías no piensa, ni dice para sí: «No sirve de nada que tome esta posición elevada ahora, ni tampoco que intente hacer un altar con doce piedras. El día para esto quedó atrás. Debo bajar el estándar de acuerdo con la condición práctica de las cosas que me rodean. Estuvo bien y fue perfectamente coherente que Josué o Salomón construyeran un altar así, pero sería una locura de mi parte. Sería el colmo de la presunción hablar de un altar de doce piedras cuando las diez tribus y las dos están divididas, y cuando toda esta escena está sumida en la ruina».

No, Elías no pensó de este modo; tomó su posición sobre la base imperecedera de la fe. Él puso su pie donde todo hijo de Dios lo debe poner, es decir, sobre la indestructible revelación de Dios. Podemos considerar este acto a la luz de las siete lámparas de oro, que irradian aquella mesa revestida de oro en el santuario de Dios. Vemos que las palabras “continuamente”, “perpetuo” y “siempre” están grabadas en toda la historia de la verdad de Dios y de Sus pensamientos con respecto a Israel. Elías no sabía nada del pensamiento tan común hoy en día: «Es inútil hablar de la unidad de la Iglesia de Dios»...

Podemos pararnos al lado de ese hombre de fe en el monte Carmelo y preguntarnos: ¿Dónde están las doce tribus? Bien se le podría haber dicho con igual fuerza a Elías tsebíta: «No me hables de la unidad de la nación. Esto es una cosa del pasado. Ya no existe más. Es el colmo de la presunción pensar en edificar un altar con doce piedras cuando el pueblo está dividido y su unidad rota». No obstante, ¿qué peso habrían tenido tales palabras para nuestro profeta? Ninguno en absoluto. Elías miraba a la nación desde el punto de vista divino, y por lo tanto erigió su altar con doce piedras “conforme al número de las tribus de los hijos de Jacob, al cual había sido dada palabra de Jehová diciendo, Israel será tu nombre” (v. 31).

Ahora, la cuestión delante de nosotros es, ¿cuánto tiempo debía subsistir la unidad de Israel? Continuamente, perpetuamente y para siempre. Es sobre esta base que Elías tomó su posición.

Y notemos además, aquello que es de gran importancia. No fue una mera especulación de la mente de Elías. No era un dogma inoperante, ni una opinión poco influyente que él sostenía. Podría haber guardado la verdad de la unidad de Israel como una teoría fría, en el terreno de su intelecto, y quizás muy cómodamente podría haber seguido su camino y dicho en su corazón: «Creo en la unidad de la nación de Israel, pero no voy a confesarla. No hay una manifestación de ella, y, por lo tanto, no voy a hablar de ella; no voy a tomar, por así decirlo, mi posición sobre esto. No voy a llevarla a cabo». Él sintió justamente que, si la unidad de las doce tribus era una gran verdad, debía entonces cumplirla a toda costa, y así pues lo hizo. ¿Cómo? Edificando un altar con doce piedras, “conforme al número de las tribus de los hijos de Jacob, al cual había sido dada palabra de Jehová diciendo, Israel será tu nombre”. La fe nunca podría renunciar a esto. Era una gran verdad práctica, para apropiarse y actuar en consecuencia a pesar de tantas dificultades y muchos detractores. Elías no pudo rebajar el estándar ni un poquito. No podía permitir que la verdad de Dios fuera

pisoteada por los sacerdotes y profetas de Baal. Sintió que el sacrificio que estaba a punto de ofrecer al Dios de Israel solo podía ofrecerse en un altar de doce piedras. **Esto era fe.**

Esto realmente exige nuestra más profunda atención. No es una mera cuestión de opinión que se pueda tomar o dejar según nuestro gusto. Algunas personas hablan de guardar la doctrina de la unidad mística del cuerpo de Cristo; pero no hay verdad que no esté diseñada para ser llevada a la práctica, o que no esté concebida para tener influencia en el corazón y en la vida. En el caso de Elías, esto fue muy evidente. La unidad de las doce tribus era para él una gran realidad; era algo que se sentía movido a confesar en presencia de los ochocientos profetas de Baal, y delante de Jezabel y sus persecuciones. Elías no escondió la verdad debajo de un almud, ni debajo de una cama, sino que la confesó abierta y valientemente ante los hombres y los demonios. Edificó un altar con doce piedras y, al hacerlo, expresó su fe viva en esa gran verdad, a saber: la unidad eterna de la nación de Israel.

Si Elías no hubiera hecho esto, habría rebajado el estándar de la verdad de Dios a tal punto de exponerla a ser pisoteada en el polvo por los profetas de Baal. Esto no lo podía hacer. La verdad de Dios era algo sagrado. No solo fue así, sino que sigue siendo así hoy en día, y siempre lo será. Tal como el profeta lo sintió, así actuó. Y

podemos afirmar que si no hubiera edificado el altar con doce piedras, el fuego de Dios no habría caído sobre el sacrificio. Ese fuego fue la expresión de la **aprobación divina**. Era como la gloria de Dios llenando el tabernáculo de otrora, y el templo después, cuando todo se había hecho según el mandato divino. ¡Qué escena más sublime para el corazón! Es magnífico ver al profeta Elías desplegar el estandarte en presencia de esos ochocientos profetas falsos, y leer allí en caracteres impercederos la verdad de la unidad de la nación de Israel.

Hay en ello una grandeza moral que cautiva el corazón. Y más que eso, hay poder moral en ello para **sostener** nuestros corazones en la confesión de la unidad del cuerpo de Cristo frente a todo el desprecio y el oprobio que podamos encontrar cuando procuremos guardar esa preciosa verdad, “un cuerpo, y un Espíritu” (Efesios 4:4). ¿Creemos que a Elías no le dolió en su corazón que las diez tribus y las dos estuviesen divididas? ¿Suponemos que no tuvo lágrimas para derramar a causa de la ruina y la desolación que había a su alrededor? ¡Ah! No por cierto. Miremos una vez más al profeta, ¿dónde? Veámoslo postrado ante Dios, con su rostro entre las rodillas, hundido en tierra (1 Reyes 18:42). Esperando —esperando en Dios—, ¿para qué? Hasta que apareciera una nube, presagio de una bendición que brota de las inagotables riquezas de Dios, quien,

a pesar de toda la infidelidad de su pueblo, está siempre dispuesto a responder a la fe donde sea que ésta se manifiesta. La fe reconoce la ruina, se inclina profundamente bajo su realidad, pero se eleva por encima de ella y cuenta con Dios, quien nunca le falla a un corazón que permanece confiado en Él.

(Continuará)

La acción del Espíritu Santo en la Iglesia

Es de importancia capital dejar al Espíritu Santo la entera dirección cada vez que nos reunimos. Sin embargo su acción en medio de los creyentes es solo un aspecto de su actividad: fue dado a todo aquel que cree en el Señor Jesucristo para llenarlo de la sabiduría, del conocimiento de Dios y hacerle gustar “lo que Dios nos ha concedido” (1 Corintios 2:12).

Los capítulos 12 y 14 de la primera epístola a los Corintios ponen en evidencia, de manera especial, el rol que tiene el Espíritu Santo para el buen funcionamiento del cuerpo de Cristo. “Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero

Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho... Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (12:4-7, 11). No es dejado ningún lugar a la voluntad ni a la iniciativa o a la organización del hombre. Por un lado el Señor dio a su Iglesia los dones que le son necesarios para su crecimiento y edificación. Y por otro lado toda acción en la iglesia debe ser hecha en la dependencia del Espíritu. Él es soberano; dirige, da, como le place. No lo perdamos de vista durante nuestras reuniones. Allí donde el Espíritu de Dios actúa con toda libertad, la costumbre y la rutina no pueden instalarse.

La reunión de culto

Cada reunión de la iglesia o asamblea tiene su meta precisa, que solo la acción del Espíritu permite alcanzar. En la del culto, los ojos son puestos en el Señor. Su amor, su abnegación, su sacrificio, constituyen el motivo y el tema de nuestras acciones de gracias (y no solamente nuestras propias bendiciones). La iglesia está ocupada del Señor, de lo que Él es, de lo que hizo. Las bendiciones que derivan no constituyen el objeto del memorial (1 Corintios 11:24-26). Sin embargo el Espíritu Santo nos recuerda con frecuencia el contraste entre nuestro antiguo

estado y nuestra nueva posición para poner en evidencia la gracia y el poder de Dios y la profundidad de los padecimientos de Cristo (Colosenses 1:12; Efesios 2:13; 1 Pedro 3:18). Ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor, es para esto que somos llamados.

Dios aprecia esos sacrificios, y el Padre busca adoradores que le adoren en espíritu y verdad (Juan 4:23-24). Es evidente que el Espíritu Santo dirigirá a los hermanos de manera que esos sacrificios de alabanzas estén centrados en lo que el Señor es y lo que hizo en el Gólgota para la gloria de Dios y para nuestra salvación. Dejémoslo dirigir cada reunión de culto hacia el aspecto de las glorias del Señor que le plazca presentar a Dios. Una sumisión dócil a su dirección exige que la voluntad de la carne y la rutina sean puestas de lado.

“Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Corintios 3:17). Este principio permanece, pero cuidémonos de malinterpretar el sentido de la libertad. Es la libertad para todo lo que el Espíritu produce, porque es lo que conviene para Dios, pero no es en absoluto la libertad para la actividad de la carne. Todo hermano que participa en el servicio de la adoración indicando un himno, leyendo la Palabra o con una acción de gracias, debería ser sensible a la dirección del Espíritu para la realización del culto.

Dios quiere ser glorificado y exaltado por los suyos. Pero no respondemos a ese deseo por medio de discursos, hechos en nuestras oraciones, desarrollando verdades que Él conoce mejor que nosotros o describiendo sus caminos por medio de bellas exposiciones con nuestras palabras. Olvidamos así a quien nos dirigimos. Por esto es bueno que las acciones de gracias, incluso las de la cena, no sean largas.

Cuando el Espíritu actúa en el corazón de cada uno, la adoración según Dios sube hacia Él, y puede haber en varios hermanos el deseo y la libertad de ser la boca de la iglesia. ¿Es necesario recordar que no existe un don de oración o de adoración? Todo hermano espiritual que anda en sinceridad delante del Señor puede ser llamado, en el tiempo apropiado, a pronunciar una acción de gracias u orar en alta voz.

La reunión de oración

Las reuniones de oraciones sirven para exponer delante de Dios las necesidades de la iglesia, es decir las necesidades que ella siente o puede sentir, y a las cuales ella puede decir su “Amén” (1 Corintios 14:16). El que expresa una oración lo hace de parte de la iglesia: es la boca de la iglesia para presentar una petición que se encuentra en los corazones o a la que los corazones pueden asociarse sin reserva. Los

primeros cristianos tenían reuniones regularmente. “Perseveraban... en las oraciones” (Hechos 2:42). Es un privilegio poder hacerlo todavía hoy. ¿Lo apreciamos realmente? La baja asistencia a estas reuniones en algunos lugares nos prueba lo contrario. La frecuentación de ellas ¿no es el reflejo del estado espiritual de la iglesia local?

La oración que se satisface con enumerar muchas verdades no es necesariamente producida por el Espíritu; proviene más bien de la carne, tal vez de un cierto orgullo. Dios espera que nuestras oraciones manifiesten dependencia y confianza hacia él. Es bueno, en la reunión de oraciones, que las peticiones se suceden las unas a las otras en un espíritu de comunión, pero sin necesidad de que el hermano prolongue o continúe con las oraciones precedentes. ¡Que estas observaciones animen a los hermanos que han guardado silencio hasta aquí, a comenzar su servicio en la reunión de oraciones!

Algunos hermanos temen repetir al Señor un motivo de oración ya expresado. Pero la experiencia demostró a menudo que la presentación insistente del mismo motivo, por ejemplo un proyecto de reuniones de evangelización, trae una frescura particular y constituye un gran aliento para la iglesia. Si Dios dice a los suyos: “Los que recordáis a Jehová... no toméis vosotros descanso, ni le concedáis descanso a él” (Isaías

62:6-7, V.M.), la repetición de los pedidos le es seguramente agradable.

Ciertamente no está en el pensamiento del Espíritu el poner a pecho de un solo hermano la casi totalidad de las necesidades cuando hay varios hermanos presentes. Al contrario, se manifiesta la actividad del Espíritu si varios hermanos presentan cada uno un pequeño número de motivos en sus oraciones siendo así las oraciones no demasiada largas.

Últimas observaciones

Tampoco es necesario que la oración final de una reunión de edificación sea la enumeración de las verdades y enseñanzas que fueron presentadas. Pongamos más bien en ella, delante de Dios, las necesidades del alma que la meditación de la Palabra haya podido producir.

Es muy triste ver actuar siempre los mismos hermanos, ya sea en el culto, reunión de oración u otras reuniones, cuando hay otros que podrían intervenir. Es la prueba de un estado de debilidad. ¡Tengan los hermanos el deseo de actuar en la dependencia del Señor! Entonces harán la experiencia del socorro y del poder del Espíritu de Dios.

Es importante que los hermanos que participan con frecuencia en el servicio en la iglesia estén constantemente atentos a la dirección del Espíritu para no ser un obstáculo para los demás.

Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.

Isaías 53:6

No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.

Hebreos 4:15

Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios.

Génesis 5:24

Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación.

Efesios 4:4

Novedades

- Visite nuestra nueva página internet www.creced.ch
- Desde 2021 también es posible recibir la revista Creced por **correo electrónico**. Regístrese en internet www.creced.ch (seleccionando «Contáctese») o escribiéndonos a revista@creced.ch.

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los dieciocho **volúmenes** encuadernados de la revista Creced, correspondientes a los años 1984-85, 1986-87, 1988-89, 1990-91, 1992-93, 1994-95, 1996-97, 1998-99, 2000-01, 2002-03, 2004-05, 2006-07, 2008-09, 2010-11, 2012-13, 2014-15, 2016-17 y 2018-19. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 9 \$ EE. UU. 8 EUR 9 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago: América latina: se ruega incluir el pago junto a su pedido, y que este sea solo por medio de billetes en \$ de EE.UU. Europa: podrán abonar mediante giro postal internacional, con billetes en su moneda nacional.

– PayPal: Tendrá que introducir la dirección de e-mail: revista@creced.ch.

– Western Unión: a nombre de Jacques Perron, 46 route de Suisse, 1290 Versoix (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es **importante** que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Unión.

Comité de redacción: J. Perron (responsable), J.-P. Cuendet, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
